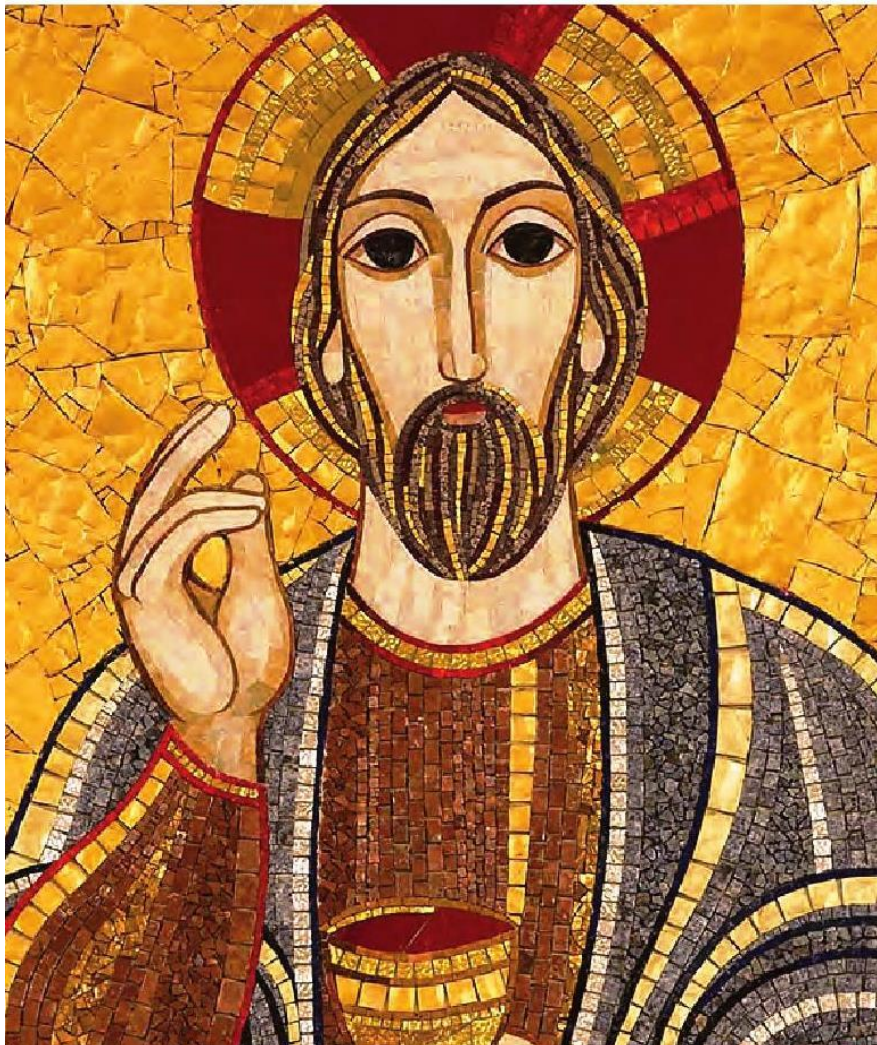


Sal y Luz

Domingo II Tiempo Ordinario - 19 de Enero de 2020

Nº9 Parroquia San Carlos Borromeo

Jesús celebró la Pascua sin cordero y sin templo; y sin embargo no lo hizo sin cordero y sin templo. Él mismo era el Cordero esperado, el verdadero, como lo había anunciado Juan Bautista al inicio del ministerio público de Jesús: "He ahí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29). Y él mismo es el verdadero templo, el templo vivo, en el que habita Dios, y en el que nosotros podemos encontrarnos con Dios y adorarlo. Su sangre, el amor de Aquel que es al mismo tiempo Hijo de Dios y verdadero hombre, uno de nosotros, esa sangre sí puede salvar. Su amor, el amor con el que él se entrega libremente por nosotros, es lo que nos salva. El gesto nostálgico, en cierto sentido sin eficacia, de la inmolación del cordero inocente e inmaculado encontró respuesta en Aquel que se convirtió para nosotros al mismo tiempo en Cordero y Templo. (5.4.2007-BXVI)



**Y Juan dio testimonio: "Éste es el Cordero de Dios"
Jn 1, 29-34**

COMENTARIO

Primera lectura: Is 49, 3.5-6: «Te hago luz de las naciones».

Salmo Responsorial: Sal 39 Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Segunda lectura: 1 Co 1, 1-3: Os escribimos, a los consagrados por Jesucristo.

Evangelio: Jn 1, 29-34: Y Juan dio testimonio: «Éste es el Cordero de Dios.»

* * * * *

JUAN, TESTIMONIO DEL CORDERO DE DIOS, CRISTO

1.- Comienzo del Tiempo Ordinario:

Con frecuencia el tiempo ordinario es considerado como un tiempo menor o “no fuerte”, y sin embargo, es un tiempo importante; tan importante que sin él, la celebración del misterio de Cristo y la progresiva asimilación de los cristianos a este misterio se verían reducidos a puros episodios aislados en lugar de impregnar toda la existencia de los fieles y de las comunidades. Solamente cuando se comprende que el Tiempo ordinario es un tiempo imprescindible, que desarrolla el misterio pascual de un modo progresivo y profundo, se puede decir que se sabe qué es el Año Litúrgico.

Uno de los propósitos de este boletín semanal es que nosotros, en la liturgia de la Iglesia, en la Biblia y en la espiritualidad nos sintamos como en casa, porque para eso vino Cristo a nuestra tierra; Él se hizo cercano y familiar nuestro, para que nosotros sintiéramos su vida y la vida eterna, como nuestro hogar. La Palabra de Dios es para santificar toda nuestra vida; y la liturgia es para dar culto, gratitud y alabanza a Dios. ¿Y quién se puede excluir de esto? Todos tenemos el bendito deber, el maravilloso derecho de alabar a Dios. ¿Qué significa que entramos en el tiempo "Ordinario"? Se llama “ordinario” no porque sea de mala calidad o de pobre calidad. Tiempo "Ordinario" en realidad quiere decir, el tiempo que sigue un determinado orden, y el orden de este tiempo litúrgico en el cual el sacerdote se viste comúnmente de verde, el propósito de ese orden es contemplar el misterio de la vida de Cristo, recorrer los misterios de la vida del Señor siguiendo por orden los evangelios. Podemos decir que en Adviento y Navidad nos concentramos en el principio, y que en Cuaresma y Pascua nos concentramos en el final. Pero en el tiempo Ordinario, estamos recorriendo toda la vida del Señor. Por eso, cada uno de los pasajes bíblicos es como un banquete en el cual tú vas comiendo lo apropiado, la porción apropiada para alimentarte en este día. Y ésta sí que es la dieta necesaria, la equilibrada para tener el “peso” justo, el santo.

Quedarse tan sólo con los llamados “tiempos fuertes” es olvidar que el año litúrgico consiste en la celebración en el curso de un año, del entero misterio de Cristo y de la obra de la Salvación. Ahora bien, la peculiaridad del Tiempo Ordinario no radica en que es un período litúrgico donde los domingos sin más guardan una relación especial entre sí. La fuerza del Tiempo ordinario está en cada uno de los 33 o 34 domingos que lo integran.

Además de los tiempos que tienen carácter propio, quedan 33 o 34 semanas en el curso del año en las cuales no se celebra algún aspecto peculiar del misterio de Jesucristo, sino más bien se recuerda el mismo misterio de Cristo en su plenitud, principalmente los domingos (Normas universales sobre el año litúrgico = NUALC nº 43)

Este tiempo comienza el lunes que sigue al domingo del bautismo del Señor, fiesta que, a la vez que clausura el período natalicio, inaugura la serie de los domingos durante el año. Por eso, el domingo siguiente al del Bautismo del Señor se denomina domingo II del Tiempo Ordinario. El tiempo se extiende hasta el miércoles de Ceniza, para reanudarse de nuevo el lunes después del domingo de Pentecostés y terminar antes de las primeras Vísperas del domingo I de Adviento.

El hecho de que el Tiempo ordinario venga a continuación de la fiesta del Bautismo del Señor permite apreciar el valor que tiene para la liturgia el desarrollo progresivo, de la entera vida de Jesús siguiendo la narración de los evangelios. Éstos, dejando aparte los capítulos de san Mateo y san Lucas sobre la infancia de Jesús, comienzan con lo que se denomina el ministerio público del Señor.

Cada episodio evangélico es un paso para penetrar en el misterio de Jesucristo. Ahí se presenta el Señor en la vida concreta de cada cristiano, reclamando, por la bienaventuranza del hombre, fe en la Salvación que Él fue realizando día a día y que quiere seguir realizándola de día en día en nuestra vida.

Los pasajes de los evangelios recogen la vida de Jesús proclamada en la celebración, con la perspectiva de las promesas del Antiguo Testamento -en esto consiste la función de la primera lectura- y a la luz de la experiencia eclesial apostólica -la segunda lectura- Y así, la comunidad de los fieles tiene en su más profundo centro la Vida de Jesucristo, contenido obligado y único de la Liturgia.

2.- Introducción

El pasaje que leemos este domingo (Jn 1, 29-34) forma parte de un conjunto de tres testimonios de Juan acerca de Jesús: el primero (v. 19-28), es general y se dirige a los enviados del Sanedrín; el segundo (v. 29-34) se dirige al grupo de sus discípulos, y el tercero (v. 35-36), se concreta a dos discípulos. El tiempo en que se sitúa la escena es posterior al bautismo. En 1, 30.34 se alude a la escena del bautismo como algo ya

pasado. La época en la que sitúa el acontecimiento debe ser hacia comienzos del mes de marzo, que es cuando la primavera está en pleno apogeo en Palestina. El lugar es el valle del Jordán, cerca de su desembocadura en el mar Muerto. Por lo que se refiere al contenido del testimonio de Juan es doble: en cuanto que por un lado Juan reconoce que él no es ni el Mesías, ni Elías, ni el profeta; y por otro en cuanto que afirma de sí ser el heraldo del Mesías. Destaca en las palabras de **Juan la fidelidad a su misión y a la verdad.**

3.- Comentario del Pasaje

V. 29a: Al ver que viene hacia él y dice: En este versículo encontramos por primera vez una fórmula de revelación que Juan utilizará varias veces. La fórmula, que aparece en otros libros bíblicos, se presenta de este modo: un mensajero de Dios ve a una persona y dice: «Mirad». A esto sigue una descripción en que el vidente revela el misterio que entraña la misión de la persona. El cuarto evangelio presenta otros casos de este esquema en 1, 35-37.47-51; 19, 24-27. Esta fórmula tiene sus raíces en el AT. Ejemplos podemos ver en 1 Sm 9, 17: «Cuando Samuel vio a Saúl, el Señor le dijo: “¡Mira! Éste es el hombre... que regirá a mi pueblo». En el NT el uso de esta fórmula es típicamente joánico. En este versículo hay que tener presente también el valor del verbo ver como equivalente a «ver en profundidad/reconocer».

V. 29b: Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. En el v. 29 toda la atención está centrada en la declaración de Juan: «Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo». Este versículo puede traducirse también del siguiente modo: «El Cordero que Dios ha elegido (para el sacrificio).» Por lo que se refiere al significado de este modo de hablar de Jesús caben dos significados: Juan señala a Jesús como el Siervo doliente de Yahveh y como el Cordero pascual.

1. El Cordero como Siervo de Yahveh. Los argumentos que se han presentado a favor de esta interpretación son:

a) Is 53, 7 describe así la figura del Siervo: «Como oveja llevada al matadero, como cordero (amnos) ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca.» Este texto se aplica a Jesús también en Hch 8, 32: la comparación era conocida por los cristianos (cf. también Mt 8, 17 = Is 53, 4; Hb 9, 28 = Is 53, 12). A finales del siglo I, Clemente de Roma aplica en su totalidad Is 53 a Jesús (Carta a los Corintios 1, 16);

b) todos los Cánticos del Siervo aparecen en la segunda parte de Isaías (c. 40-55). El NT relaciona esta parte del libro de Isaías con Juan Bautista, ya que «la voz que grita en el desierto» se toma de los versículos iniciales (40, 3);

c) en la descripción que Juan hace de Jesús en 1, 32-34 hay dos rasgos que pueden relacionarse con el tema del Siervo. En el v. 32 Juan Bautista dice que vio descender el Espíritu sobre Jesús y reposar sobre él; en el v. 34, Juan Bautista identifica

a Jesús como el elegido de Dios. En Is 42, 1 (un pasaje que los sinópticos relacionan también con el bautismo de Jesús por Juan) leemos: «Mirad a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, a quien prefiero. Sobre él he puesto mi espíritu»; cf. también Is 61, 1: «El Espíritu del Señor está sobre mí». Con esto se presupone que el evangelista establece una conexión entre el Siervo de Is 42 y el Siervo de Is 53;

d) Jesús es descrito como Siervo doliente en otro pasaje del cuarto evangelio (12, 38 = Is 53, 1). Un detalle a tener en cuenta es que en el v. 29 se dice que el Cordero de Dios quita (en griego *airein*) el pecado del mundo. Ésta no es la imagen que hay en Is 53, 4.12, donde se dice que el Siervo lleva o carga (en griego, *pherein/anapherein*) los pecados del mundo. Pero esta distinción no reviste mayor importancia, ya que los primeros cristianos no verían gran diferencia entre que Jesús quitara el pecado o lo cargara sobre sí. Los LXX usan indistintamente *airein* o *pherein* para traducir el hebreo *nasa*. Por otra parte, el evangelista san Mateo, después de narrar curaciones de milagros, con los que Jesús quita el pecado del mundo, dice: «Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades» (Mt 8, 16-17 = Is 53, 4). Es digno de tenerse en cuenta también que el verbo *airein* aparece en la versión de los LXX de 1 Sm 15, 25; 25, 28, con el significado de perdonar el pecado o borrar la culpa. Y en 1 Jn 3, 5 aparece «quitar los pecados».

2. El Cordero de Pascua

Entre los Santos Padres de Occidente ha prevalecido esta interpretación, frente a los de Oriente que preferían la del Siervo doliente. Los argumentos que se suelen dar a favor de esta interpretación son:

a) El simbolismo pascual es frecuente en el cuarto evangelio, especialmente en relación con la muerte de Jesús, y su importancia radica en el hecho de que en el pensamiento cristiano el Cordero quita el pecado del mundo mediante la muerte. Jn 19, 14 dice que Jesús fue condenado a mediodía de la víspera de la Pascua, y éste era precisamente el momento preciso en que los sacerdotes empezaban a degollar los corderos pascuales en el templo; mientras Jesús estaba clavado en la cruz, le alzaron hasta los labios sobre hisopo una esponja empapada en vino (Jn 19, 29); precisamente con el hisopo empapado en la sangre del cordero pascual se rociaban las jambas de las puertas de los israelitas (Ex 12, 22). Jn 19, 36 ve el cumplimiento de la Escritura en el hecho de que no se quebrantó ninguno de los huesos de Jesús, con lo que parece referirse a Ex 12, 46, donde se prescribe que no se quebrante ningún hueso del cordero pascual (cf. Jn 19, 31);

b) Jesús es descrito como Cordero en otra obra joánica: el Apocalipsis, donde también aparece el motivo pascual. El Cordero del que se habla en Ap 5, 6 es un cordero degollado. En Ap 15, 3 el cántico de Moisés es asimismo el cántico del

Cordero. En Ap 7, 17 y 22, 1 aparece el Cordero como fuente de agua viva, y en ello puede verse otra alusión a Moisés, que hizo brotar agua de la roca. En Ap 5, 9 se menciona la sangre del Cordero como rescate, alusión especialmente apropiada en el motivo pascual, pues la sangre del cordero sirvió para que fueran respetadas las casas de los israelitas.

Hay que notar también que se habla del pecado (en singular), con lo que se quiere acentuar el sentido de universalidad, todo lo que resulta ofensivo a Dios. Esta idea queda reforzada precisamente por el genitivo del mundo. Quizás también se está pensando en el hecho de que el cordero de los israelitas quitaba algunos pecados, los del pueblo de escogido; el Cordero de Dios, en cambio, quita todos los pecados, o, dicho de otro modo, los pecados de todos los hombres. También hay que notar que el evangelista utiliza el tiempo presente del verbo *airei*, con el que subraya la eficacia constante de este cordero. Juan dice sumariamente “el pecado del mundo”, porque a sus ojos, no existe verdaderamente más que un solo pecado (del cual vienen los demás) el rechazo de los hombres a Dios, granjeándose así la perdición. Ya en el Prólogo del evangelista se hace notar “La Luz brilló en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron”. Y sólo Aquel que se acerca a Juan, pero que desde toda la eternidad existía, puede realizar con su sangre derramada la total y plena reconciliación del Mundo con Dios, destruir para siempre el muro elevado por el hombre contra Dios.

V. 30, 31, 32, 33 y 34 Manifestación pública del Mesías:

En el Evangelio de san Juan no contemplamos el descenso de Jesús a las aguas del Jordán, pero no transmite lo que allí ocurrió: el descenso del Espíritu Santo sobre Jesús en orden a ungir a todo hombre haciéndole partícipe de la vida de Dios. Y en virtud de ese descenso es ahora cuando Juan conoce al Elegido de Dios, al que había de venir, al Mesías. En estos versículos se manifiesta:

-la preexistencia del Verbo, la condición divina del Hijo de Dios V.30.

-la manifestación pública de Jesús como el Hijo de Dios, como el Mesías, como el que había de Venir al Mundo, como el Mesías, porque ha descendido sobre Él, el Espíritu de Dios, para que toda carne sea partícipe de su unción, de la vida de Dios. V. 30 y 31

-De nuevo la manifestación pública de la Santísima Trinidad, aparece el Hijo, el Espíritu Santo y el Padre (fue el que me envió a bautizar con agua quien me dijo: Aquel sobre quien veas que el Espíritu baja y se posa, ése es el que bautizará con Espíritu Santo) V. 32 y 33

-La Misión del Ungido: hacer partícipe, sepultar, bautizar al hombre en el Espíritu de Dios. Es decir, hacer partícipe al hombre de la Vida de Dios, de manera

progresiva, al igual que el Espíritu fue adueñándose de la carne de Jesús, nuestra carne. V.33

-La llamada a testimoniar a Jesucristo como el Cordero de Dios, como el Hijo de Dios, como el Mesías, como el único Salvador y garante de la felicidad del hombre. V.34

EL COMENTARIO DE LOS PADRES

Hemos de explicar quién es ése que está ya presente, y cuáles fueron las motivaciones que indujeron a bajar hasta nosotros al que vino del cielo. Dice en efecto: Este es el Cordero de Dios, Cordero que el profeta Isaías nos había predicho, diciendo: Como un cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía. Cordero prefigurado ya antes por la ley de Moisés. Sólo que entonces la salvación era parcial y no derramaba sobre todos su misericordia: se trataba de un tipo y una sombra. Ahora, en cambio, aquel cordero, enigmáticamente en otro tiempo prefigurado, aquella víctima inmaculada, es llevada por todos al matadero, para que quite el pecado del mundo, para derribar al exterminador de la tierra, para abolir la muerte muriendo por todos nosotros, para cancelar la maldición que pesaba sobre la humanidad, para anular finalmente la vieja condena: Eres polvo y al polvo volverás, para que sea él el segundo Adán, no de la tierra, sino del cielo, y se convierta en origen de todo el bien de la naturaleza humana, en solución de la muerte introducida en el mundo, en mediador de la vida eterna, en causa del retorno a Dios, en principio de la piedad y de la justicia, en camino, finalmente, para el reino de los cielos.

Y en verdad, un solo cordero murió por todos, preservando así toda la grey de los hombres para Dios Padre: uno por todos, para someternos todos a Dios; uno por todos, para ganarlos a todos; en fin, para que todos no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos.

Estando efectivamente implicados en multitud de pecados y siendo, en consecuencia, esclavos de la muerte y de la corrupción, el Padre entregó a su Hijo en rescate por nosotros, uno por todos, porque todos subsisten en él y él es mejor que todos. Uno ha muerto por todos, para que todos vivamos en él.

La muerte que absorbió al Cordero degollado por nosotros, también en él y con él se vio precisada a devolvernos a todos la vida. Todos nosotros estábamos en Cristo, que por nosotros y para nosotros murió y resucitó. Abolido, en efecto, el pecado, ¿quién podía impedir que fuera asimismo abolida por él la muerte, consecuencia del pecado? Muerta la raíz, ¿cómo puede salvarse el tallo? Muerto el pecado, ¿qué justificación le queda a la muerte? Por tanto, exultantes de legítima alegría por la muerte del Cordero de Dios, lancemos el reto: ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, infierno, tu aguijón?.

Como en cierto lugar cantó el salmista: A la maldad se le tapa la boca, y en adelante no podrá ya seguir acusando a los que pecan por fragilidad, porque Dios es

el que justifica. Cristo nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito, para que nosotros nos veamos libres de la maldición del pecado.

(San Cirilo de Alejandría, sobre el Evangelio de San Juan Lib. 2: PG 73, 191-194)

Pero como también Juan era el administrador del bautismo, vino hasta él el Señor de la administración para tomar de él las llaves del perdón. Juan, en efecto, blanqueaba las manchas de los pecados con agua ordinaria, para que los cuerpos pudiesen recibir la túnica del Espíritu que iba a ser dada por medio de Nuestro Señor.

Pero como el Espíritu estaba junto al Hijo, Éste vino a Juan, para tomar de él el bautismo, y unir con las aguas visibles el Espíritu invisible, de modo que aquellos cuerpos sintieran la humedad de las aguas, sus mentes pudieran sentir también el don del Espíritu. Y así, igual que sus cuerpos sentían por fuera el derramarse del agua sobre ellos, sintieran también sus mentes por dentro el Espíritu que se derramaba sobre ellas.

(San Efrén, Discurso sobre Nuestro Señor LV, 1-2).

Cristo es iluminado: dejémonos iluminar junto con Él; Cristo se hace bautizar: descendamos al mismo tiempo que Él, para ascender con Él. Juan está bautizando, y Cristo se acerca; tal vez para santificar al mismo por quien va a ser bautizado; y sin duda para sepultar en las aguas a todo el viejo Adán, santificando el Jordán antes de nosotros y por nuestra causa; y así, el Señor, que era espíritu y carne, nos consagra mediante el Espíritu y el agua...

Honremos hoy nosotros, por nuestra parte, el bautismo de Cristo, y celebremos con toda honestidad su fiesta. Ojalá que estéis ya purificados, y os purifiquéis de nuevo. Nada hay que agrade tanto a Dios como el arrepentimiento y la salvación del hombre, en cuyo beneficio se han pronunciado todas las palabras y revelado todos los misterios; para que, como astros en el firmamento, os convirtáis es una fuerza vivificadora para el resto de los hombres; y los esplendores de aquella luz que brilla en el cielo os hagan resplandecer, como lumbreras perfectas, junto a su inmensa luz, iluminados con más pureza y claridad por la Trinidad.

(San Gregorio Nacianceno, Sermón 39: En las sagradas Luminarias 14-16.20)

CARTA A TEODORO

Querido Teodoro:

¡Que el gozo de la Navidad dure mucho tiempo en tu corazón!

¡Ya llevamos un par de semanas de trabajo! ¡Cuánto cuesta volver a las tareas “normales” cuando se está a gusto en casa! ¿Verdad que sí? Pero ya tenemos experiencia de otras ocasiones y, vencida la resistencia inicial a emprender el camino del hijo pródigo, estamos de nuevo en el tajo.

Hoy he leído los textos del próximo Domingo y me han llamado poderosamente la atención algunas cosillas.

En primer lugar, las palabras que san Pablo dice en la primera carta a los Corintios: que dirige esta carta *a los consagrados por Cristo*, que es una forma bellísima de referirse a los cristianos. En las palabras de san Pablo se deja entender su pensamiento de que los cristianos son los consagrados, los que por haber recibido el Espíritu Santo han sido puestos aparte para Dios en Cristo y por Cristo. Y estas palabras de san Pablo me han recordado otras de san Gregorio Nacianceno, que hablando del bautismo de Jesús y del testimonio que Juan dio de Él, dice: “Cristo es iluminado: dejémonos iluminar junto con Él; Cristo se hace bautizar: descendamos al mismo tiempo que Él, para ascender con Él. Juan está bautizando, y Cristo se acerca; tal vez para santificar al mismo por quien va a ser bautizado; y sin duda para sepultar en las aguas a todo el viejo Adán, santificando el Jordán antes de nosotros y por nuestra causa; y así, el Señor, que era espíritu y carne, nos *consagra* mediante el Espíritu y el agua..”

En segundo lugar, como otras veces en las que ha aparecido la figura del Bautista no deja de atraerme su autenticidad y fidelidad a la verdad, su humildad y capacidad para saber pasar a un segundo plano sin estorbar los planes de Jesús, su firmeza y su fortaleza ante la hipocresía de los fariseos. En fin, todas esas virtudes que tanto tú como yo, querido amigo, desearíamos poseer.

Espero que la reflexión de estas palabras te ayude en adelante a tener la mirada puesta en aquello que sabes que estamos llamados a vivir por nuestra vocación bautismal.

No dejes de dar recuerdos a tus padres y a tus hermanos, pues sé que durante estos días andan especialmente atareados. Y no dejes de rezar por todos aquellos

buenos amigos que están pasando por momentos más durillos. Tú recibe un fuerte abrazo de tu amigo,

Doroteo.